

## ***Artefacto. Pensamientos sobre la Técnica***

Flavia Costa y Christian Ferrer

La revista *Artefacto. Pensamientos sobre la Técnica* comenzó a gestarse a fines de 1995, en el seno de la cátedra del Seminario de Informática y Sociedad de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la UBA: una cátedra creada, y dirigida hasta pocos años antes, por Héctor “Toto” Schmucler y que en ese momento estaba a cargo de Patricia Terrero, ya que el Toto había decidido mudarse a las afueras de la ciudad de Córdoba a comienzos de la década de 1990. Las reuniones preparatorias se iniciaron en el departamento de Patricia, en la calle Maipú, y desde el primer momento la idea era crear una revista cultural que retomara la heideggeriana “pregunta por la técnica” en clave crítica respecto de los nuevos tiempos marcados por el auge acelerado de la digitalización.

Un año antes había desembarcado en la Argentina la Internet comercial, y en las mesas de todas las librerías de Buenos Aires se exhibía el *best seller Ser digital* de Nicholas Negroponte, entonces director del laboratorio de medios del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), cuyo subtítulo rezaba: “El futuro ya está aquí, y sólo existen dos posibilidades: ser digital o no ser”. La revista *Artefacto* se propuso, desde el primer momento, romper el encandilamiento propiciado por ese tecnologismo acrítico, meramente publicitario, que Schmucler denunciaba en un incisivo artículo con el que se abrió su primer número: “Apuntes sobre el tecnologismo y la voluntad de no querer”.

El grupo editor de *Artefacto* –que no tenía director ni directora ni consejo con nombres destacados, sino que deliberadamente se dio la forma horizontal de una cofradía, o de una tribu– estaba compuesto, en orden alfabético, por quienes entonces

integraban (integrábamos) aquella cátedra: Daniel Butti, Flavia Costa, Claudia Feld, Christian Ferrer (profesor adjunto), Claudia Kozak (jefa de trabajos prácticos), Daniel Mundo, Estela Schindel, Lucila Schonfeld y Patricia Terrero (profesora titular). Aparecían como colaboradores en el primer número el Toto Schmucler, con el artículo recién mencionado; Diego Tatián, quien tradujo una conferencia inédita en castellano de Martin Heidegger: “Lenguaje de tradición y lenguaje técnico”, que fue por años clave en la formación de generaciones de estudiantes, y Rodrigo Molina Zavalía, traductor del artículo “La crisis del antiguo régimen escópico”, de Martin Jay, que integraba el bloque central del número titulado *La voluntad de ver* y que incluía también textos de Jonathan Crary, Jean-Louis Comolli y de integrantes del grupo editor. Aparecían además el “Proyecto para un glosario para el siglo XX” de James Ballard, el breve texto “El rostro humano” de Antonin Artaud (en traducción de Martín Caparrós y Christian Ferrer) y un dossier dedicado a William Morris preparado por Estela Schindel. La revista contó con el apoyo de la Oficina de Publicaciones del Ciclo Básico Común (CBC, UBA), entonces dirigida por Darío Sztajnsrajber.

El título y el subtítulo de la revista buscaban resumir algo del espíritu de la empresa: por un lado, enfocar el problema de la tecnología moderna inscribiéndola en la arqueología de los modos históricos en que los humanos han llamado a la presencia lo que todavía no es: la *techné*, la fuente común del arte y la técnica. Por otro, nombrar la tarea que nos proponíamos con el término “pensamiento” (antes que “ciencia”, “filosofía”, “sociología” o alguna de las variantes de la separación disciplinar). Acaso solo un pensar indisciplinado y capaz de asombrarse ante lo que aparece como obvio e indiscutible sería realmente capaz de captar las diferentes modulaciones, tonalidades, así como las potenciales aperturas, en una época de administración descarnada y de traducción rigurosa de cuerpos y experiencias singulares en cadenas de ceros y unos.

Los relatos ideológicos fundantes de la época moderna han cambiado mucho, tanto como sus elencos políticos y culturales, sus horizontes y sus hábitos. Pero un sustrato duro y poderoso se ha mantenido firme a lo largo de los dos últimos siglos. Podemos llamarlo modernidad tecnológica. (Grupo editor, 1997, página 4).

La revista no estaba predestinada a permanecer durante veinte años o más. No era su necesidad, sino su libertad. Una potencia, una contingencia, una libertad que se sostuvo sobre la base de la conciencia de aquellas urgencias que la impulsaban, y que hoy sigue –pese a las enormes diferencias de contexto– tan urgente como entonces.

Ciudad de Buenos Aires, septiembre de 2024